

SAGA
«LOS CUATRO ELEMENTOS»

18 de febrero de 2025, Cuchía, Cantabria.

Querida lectora, querido lector:

Muchas gracias. Es un honor que tengas este libro entre tus manos.

Los libros son un regalo maravilloso. No me refiero solo al hecho de que te lleguen con ocasión de un aniversario, fiesta especial o similar, sino también al simple hecho de tenerlo porque lo hayas adquirido tú en alguna librería, lo hayas sacado de la biblioteca, te lo haya prestado alguien a quien quieres… Tener un libro es un regalo. Mis padres me enseñaron el valor de los libros. Eran algo que no podía faltar en casa. Eran una vía al conocimiento, a la creatividad, a la imaginación, al aprendizaje de otras culturas, a la transmisión de lo que fuimos, a la comprensión de lo que somos, así como al enriquecimiento del léxico y al desarrollo de los procesos cognitivos. Así lo he sentido desde pequeño. Así lo sigo sintiendo.

Gracias a que a mis hermanos y a mí nunca nos faltaron libros a los que acercarnos, mi pasión literaria nace desde pequeño: clásicos, de aventuras, familiares, de fantasía, novelas universales, infantiles, ilustradas o adaptadas, incluso cómics que podían ser desde los superheroicos americanos a los sesudos y reflexivos

europeos. Pero dos libros marcaron mi infancia por el impacto que me causaron y porque provocaron en mí una manera distinta de ver el mundo y a las personas (o quizá fue al revés, la forma de ver a las personas y, por consiguiente, el mundo). Mi madre me regaló *La historia de mi vida,* de Helen Keller (1903). Y un profesor de la escuela, don Crescencio, nos hizo leer en clase *La grúa,* de Reiner Zimnik (1954). Tenía nueve años cuando los leí (y los he releído varias veces desde entonces). En la novela de Zimnik, un hombre se niega a bajar de una grúa construida por el imparable crecimiento de la ciudad y desde ahí arriba contempla el paso de la vida, de las amistades, de las pérdidas que se suceden, las guerras que van y vienen, el devenir de la sociedad y cuán absurdo puede llegar a ser su comportamiento. Un libro para leer el mundo. En la otra, *La historia de mi vida*, se narra la vida de una mujer marcada por la enfermedad, por los límites que su propio cuerpo le ha impuesto, destinándola a estar fuera del mundo, hasta que gracias a otra mente/alma humana puede despertar a la vida, a las sensaciones, a poder describir y comunicar lo que siente y percibe. Es por esto por lo que creo que los grandes intereses en mis obras nacen de aquellas primeras lecturas. Tratar de entender y comprender los sentimientos más profundos, el porqué hacemos lo que hacemos, cómo aceptamos, comprendemos o nos rebelamos ante la muerte, la enfermedad o la pérdida y la gestión de su dolor, y todo ello en el marco de una sociedad que no terminamos de alcanzar y de la que tenemos que alejarnos para entenderla con perspectiva.

Por eso escribo lo que escribo en mis obras de teatro, relatos, poemarios y en esta, mi primera novela, una novela dividida en cuatro libros, y que llevo media vida creando. Sí, casi media vida. Veinticuatro años han pasado desde que empecé a escribirla. Era el año 2001 cuando, estando de viaje en París con mi pareja, Rafael, y paseando por el Sena, mientras compartíamos nuestras inquietudes literarias nos propusimos volver de aquella escapada con el boceto de la novela que quería escribir cada uno para que así, al regresar a Madrid, pudiésemos ponernos a escribir. Porque los dos sabíamos que, y aunque parezca una perogrullada, para escribir hay que sentarse a escribir, es un trabajo. Nos pusimos como obligación mostrarnos cada semana qué habíamos escrito para, de esta manera, no perder la constancia. Iba por el capítulo cinco cuando, por desgracia, él falleció. El mundo se me echó encima o me lanzó para arriba de modo que no tuviera centro, porque así me encontré entonces, en un vacío en el que sentía que no tenía dónde agarrarme o dónde hacer pie. Abandoné la novela en aquel capítulo cinco del libro I y no volví a ella hasta el 2017. Aparté mi novela, y la novela como género, y me puse a escribir, a escribir mucho, pero otros géneros: teatro, poesía, relatos, enfocados en su mayoría en temáticas sociales e intimistas. En 2017 cambiaron mis circunstancias. Había ahorrado lo suficiente como para poder permitírmelo. Tenía las dos condiciones que propugnaba Virginia Wolf, una habitación propia y dinero para poder escribir. Desde ese año y hasta el verano de 2023, Clara, Raúl, Victoria, Phillipe y la gata Silvia, se han sentado a mi lado en el escritorio para cons-

truir esta aventura, dividida en cuatro libros, que va de lo local a lo universal, de lo más pequeño a lo más grande. Una epopeya contemporánea en la que cuatro adolescentes son héroes y heroínas a su pesar, en la que realizarán un viaje que comienza en Madrid y en los siguientes libros continúa por Cataluña, el resto de Europa y hasta el mismísimo *origen de todo*. Una aventura llena de belleza, amistad, amor, reconciliaciones y encuentros, pero también en la que tendrán que enfrentarse al dolor, al miedo y a la muerte. *Los Cuatro Elementos* es un viaje a través del tiempo y el espacio, pero también es un recorrido por los valores familiares, de la diversidad, de la sexualidad, del feminismo, del respeto al medioambiente y del valor de la literatura, la música y resto de las artes.

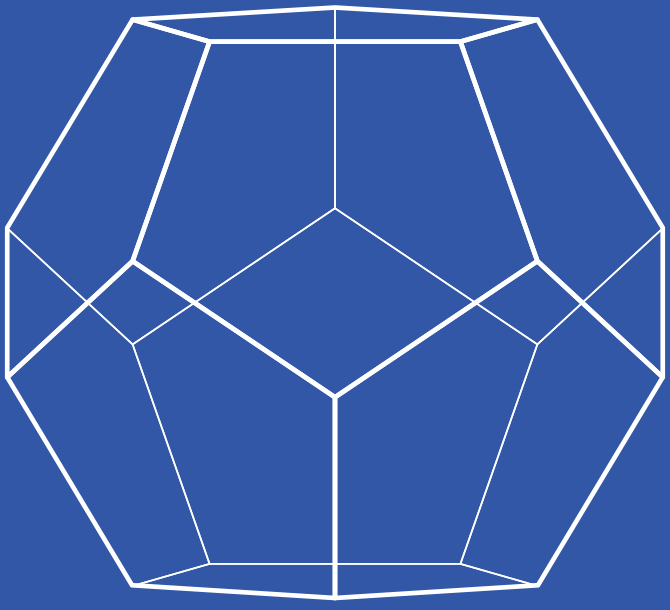
Ahora estás ante el libro I, el comienzo de todo, lo que desencadena el viaje de nuestros héroes y heroínas, y te invito a que nos unamos a ellos y ellas, descubramos el misterio del Dodecaedro del Zodíaco y nos dejemos llevar por los infinitos caminos que nos abren las páginas de estos cuatro libros.

He comenzado esta carta diciendo que tener un libro es un regalo, pero ahora puedo decir que para un escritor el regalo es tener lectoras y lectores. Gracias. Muchas gracias.

Espero que os guste.

Nacho Hevia.

EL DODECAEDRO DEL ZODÍACO



LIBRO 1

EL DODECAEDRO DEL ZODÍACO

NACHO HEVIA

PRÓLOGO DE NIEVES CONCOSTRINA

Durii

A Rafael Campos Blanco, porque a
tu lado nació esta novela.

A José Pascual Abellán, porque al
tuyo he podido terminarla.

PRÓLOGO

Qué envidia, chavales…

Sí, envidia de no haber tenido entre mis manos con diez o doce años, incluso con quince o dieciséis, un libro como el que Nacho Hevia ha mantenido hasta ahora atrapado en su genio creador. Aunque, quizás, y pensándolo más despacio, sea este el momento idóneo para disfrutar y aprender con *Los Cuatro Elementos*, justo cuando pretenden desmemoriarnos, justo cuando hay que emplearse en demostrar la enorme importancia del conocimiento de la historia en el crecimiento personal y en el desarrollo del pensamiento crítico. Si esto, además, se logra de manera dinámica y entretenida, Nacho Hevia ha cumplido con creces un objetivo que, aunque no fuera el suyo, es el que necesitamos.

Nacho Hevia, a través de los cuatro libros de la saga *Los Cuatro Elementos*, se lleva a lectores y lectoras a viajar por las épocas más variadas (la Antigua Grecia, la España de Felipe II, la Viena que rechazó al joven Hitler como alumno de Bellas Artes, Atapuerca…), para que conozcan a personajes muy distintos (mujeres sabias, reyes babilonios, arquitectos renacentistas…) que protagonizaron o asistieron a episodios claves en la historia de la humanidad. El gran logro de Hevia

es estructurar una buena historia, tan fantástica como brillante, y guiar a los lectores y lectoras por el mundo que fue y será, utilizando a cuatro intrépidos chavales y una gata que viven una aventura fabulosa, pero transitando por hechos anecdóticos (no por ello intrascendentes) o episodios históricos que contribuyen a alimentar el conocimiento.

La faceta de Hevia como actor y, sobre todo, como autor comprometido con valores y principios ciudadanos, desde el feminismo a la diversidad, pasando por la preocupación medioambiental y el deterioro cultural, le da las suficientes herramientas para entrelazar la literatura fantástica con la divulgación, a la vez que explora las relaciones humanas entre cuatro adolescentes.

Hevia sacude, por un lado, la imaginación, y por otro demuestra lo divertida que puede ser la historia, esa magnífica y nutritiva asignatura que a muchos nos hicieron odiar cuando nos ahogaron en fechas o acontecimientos transmitidos sin pasión y, por tanto, aprendidos con desgana (e inmediatamente olvidados). Cuántas veces me he lamentado de cómo me (nos) robaron todo lo que la historia tenía de divertida, llenándonos la cabeza con episodios geopolíticos que a los doce años no hay quien procese. ¿En serio algún profesor o profesora ha sido capaz de hacer entender a una clase repleta de adolescentes el cómo y el porqué del estallido de la Gran Guerra de 1914 y el papel que jugaron los Balcanes en el conflicto? Conmigo no lo consiguieron. Tuve que ir a nutrirme por mi cuenta cuando la madurez me dijo que me estaba perdiendo algo y cuando comprobé que para mi oficio

de periodista el desconocimiento de la Historia era una opción inaceptable.

Si ya de por sí el aprendizaje de la historia se vuelve cuesta arriba cuando eres un adolescente desganado y no te cae en suerte un docente hábil, solo hay que pararse a pensar lo bien que esto les viene a esas ideologías ultras que necesitan el desconocimiento de la historia para manipularla a su gusto y volver lo blanco, negro, sin que nadie rechiste, porque desconocen cómo dar la réplica. El feminismo, la diversidad sexual, el medioambiente, el respeto por el diferente, la empatía hacia los desfavorecidos, los valores democráticos… todo ello necesita de un aprendizaje continuo y una defensa activa para no dar ni un paso atrás en todo lo conseguido. *El Dodecaedro del Zodíaco*, primero de una tetralogía, ayuda a los jóvenes a tener herramientas para poder contrarrestar ese ataque reaccionario que solo aprovecha las rendijas del desconocimiento.

Si esta tetralogía cayera en manos de un productor audiovisual o de videojuegos… yo no lo dudaría. La trama que ha urdido Nacho Hevia a lo largo del tiempo y del espacio, no solo es literariamente acertada, sino también visualmente muy atractiva, porque el autor tiene los recursos necesarios adquiridos a lo largo de una extensa experiencia profesional como narrador en ficción sonora y actor especialmente volcado en el teatro social.

Y tampoco lo dudaría si fuera padre o madre. Es el momento de frenar ese ataque de "los malos" a la memoria y atizar la curiosidad y el disfrute del saber. Y para ello solo hay un camino posible: educación, educación y educación, donde la fantasía y la historia

son excelentes mimbres para hacer un cesto en el que quepan, sin estorbarse, el pensamiento crítico y el entretenimiento.

Nieves Concostrina

EL ELEMENTO UNIVERSAL

No tengo nombre, ya que antes de mí no hubo nadie para ponérmelo. No tengo nombre porque después de mí no habrá nadie para recordarme. No tengo nombre porque no se me conoce. Conocer es alcanzar y soy inabarcable. Desde la minúscula medida del espacio y tiempo que ocupáis se me conjetura, soy una creencia, una teoría. Para vosotros solo soy probable, pero con eso os basta para designarme. Soy, según vuestro léxico, el Elemento Universal.

Ya estaba cuando llegué y seguiré estando cuando desaparezca. Existo en cada plano de realidad y en cada punto temporal. Por eso os puedo contar este relato, el de unos muchachos de vuestra Tierra. Raúl y Clara Romera, hermanos. Su gata Silvia. Victoria Rojo, la prima de ambos. Phillipe Dot, amigo íntimo de esta última. Con motivo de la exposición del *Dodecaedro del Zodíaco* en Madrid se reúnen por primera vez poco antes del comienzo del verano. Juntos tratarán de descubrir el misterio que envuelve a esta pieza sumeria de origen hierático que atrae el interés de todo el mundo.

Esta es la historia que os voy a contar, la historia de *Los Cuatro Elementos*.

1

UNA TARDE ABURRIDA

Clara abrió los ojos e instintivamente respiró, pero lo que tragó no fue una bocanada de aire, sino un torrente de agua salada. No podía respirar. Miraba en todas direcciones buscando una luz que le indicara el camino para salir a la superficie, mas todo a su alrededor estaba oscuro. Una densa penumbra en la que casi ni siquiera podía distinguirse ella misma. Se estaba ahogando. En pocos segundos su corazón dejaría de bombear la sangre necesaria para la vida. Su cuerpo empezó a temblar con movimientos rígidos y cuando parecía que estaba sufriendo un último estertor en la agonía de su asfixia, el mar se retiró lentamente dejando una quietud que se rompió cuando Clara, que había quedado tumbada boca arriba sobre una arena de granos multicolores, volvió a respirar mientras escupía el agua que había tragado.

Tras reponerse hizo un sondeo para dilucidar en qué lugar se encontraba. Todo le era absolutamente desconocido. A pesar de la extrañeza que le provocaba, no lo sentía ajeno, sobre todo cuando al elevar la cabeza vio en el cielo una red de hilos blancos luminiscentes, vibrantes como estrellas y que iluminaban

un vacío negro sobre los que la luz viajaba a golpes de latigazos. Clara extendió su mano para alcanzar una de esas hebras. «¿Cómo es posible que llegue a tocar una de esas hebras si están arriba en el cielo?», se preguntaba cuando estaba a punto de alcanzar uno. Su gesto fue interrumpido por una voz que no tenía género y que escuchó más dentro de ella que proveniente de aquel paraje.

—No, Clara. Aún no es el momento. —Clara miró a izquierda y derecha sin lograr descubrir el origen de esa voz que volvió a escucharse—. Ahora despierta de este recuerdo que crees soñar y que ya has olvidado.

Cuando Clara levantó sus párpados se encontró a su madre, Margarita, sentada en una silla con unas toallas dobladas sobre su regazo, mirándola.

—¡Mamá! ¿Qué haces ahí mirándome? —dijo sorprendida la niña.

—Hija, es que estaba a punto de despertarte, parecía que estabas teniendo una pesadilla. ¿Con qué estabas soñando?

—Pues con… —Pero Clara no pudo recordar su sueño—. ¡No me acuerdo!

—Es que con estos calores no me extraña. Anda, toma una toalla y refréscate, que nos tenemos que ir en nada—. Y Margarita salió del cuarto de Clara dejándola abstraída tratando de recordar su pesadilla, tarea que enseguida abandonó para pensar en el verano que le esperaba, a pesar de que aquella tarde del 16 de junio se le presentaba tediosa y soporífera.

Los primeros calores del verano que estaba a punto de comenzar apretaban con fuerza en Madrid, habían finalizado ya las clases del instituto, el Ernestina de Champourcín y ya no tenía lecciones de lengua, matemáticas y el resto de las asignaturas que estudiaba en clase. Solo tenía que volver para recoger las notas del curso. Lo mismo sucedía con las del conservatorio donde cursaba cuarto de piano, aunque en este caso sí que tenía deberes, pero le apetecía muy poco tener que estar repitiendo una y otra vez las mismas sonatas; «ya tendré tiempo de aprendérmelas durante el verano», se decía a sí misma desde que arrancaron las vacaciones. Aunque ella sabía muy bien que con el piano no podía hacer lo mismo que con las ciencias naturales, es decir, estudiar mucho la noche de antes y aprendérselo de memoria y retenerlo en la cabeza el tiempo suficiente hasta después de los exámenes. Una vez escrito en el papel lo aprendido, simplemente desaparecía de su cabeza. Con el piano había que practicar cada día si realmente quería llegar a dominar este instrumento. De esta manera consiguió interpretar las obras más conocidas de su compositor favorito, Arvo Pärt. Pero Clara es perezosa, ella misma lo reconoce. No es que se sienta orgullosa de ello, pero tampoco lo ve como un defecto. «Soy así, ¿qué queréis?» suele decir cuando le recriminan su flojera y sus pocas ganas de hacer algo cuando no le apetece.

Clara miraba su teléfono móvil, uno de los que sus compañeros de clase llamaban *ladrillo* y por el que se burlaban de ella al no ser de última generación. Su teléfono solo podía hacer y recibir llamadas y escribir mensajes de texto. Sus padres consideraban que una

niña de su edad no necesitaba un teléfono con internet. Para el uso del ordenador, siempre que no fuera para utilizarlo en tareas y trabajos que le mandaban sus profesores, tenía un determinado tiempo al día estipulado y que cumplía a rajatabla. Estaba tendida en su cama imaginándose que con su cuerpo creaba la misma forma que la de una estrella de mar. Se figuraba que se miraba a sí misma desde el techo y pensaba que la punta que debía formar su cabeza era demasiada pequeña en proporción a la que formaban sus brazos y piernas. Se atusaba su larga cabellera rojiza, como la de su madre, color que hacía resaltar más la blanca y pecosa piel de esta niña delgada, tampoco muy alta, pero de una belleza encantadora. Su sonrisa es muy dulce y parece que brilla gracias a sus labios rosados. En los mofletes le nacen, en palabras de su madre, unos soles que se encienden si hace mucho frío. Sus ojos son picarones y astutos, pero a la vez sinceros, incapaces de engañar los sentimientos de su corazón. Sí, así es; si quieres saber en qué piensa Clara, qué le parece algo, si hay algo que le preocupa… solo tienes que fijarte en su mirada sin necesidad de preguntárselo.

Así, mientras jugaba a hacerse ricitos en las puntas de su cabellera a la vez que se rascaba en la barbilla de su afilada cara, pensaba en qué podía dedicar la tarde, pero que le gustase, claro, porque practicar piano y leer las lecturas obligadas para el siguiente curso no era su ideal de una tarde divertida. Además, para ella, la hora que era, las cuatro y media de la tarde, era la peor del día, la más aburrida. En la televisión no ponían nada que le pudiese interesar, tampoco podía

merendar, uno de sus quehaceres favoritos, por ser demasiado pronto para ello, y en la casa había siempre un gran silencio que le ponía muy nerviosa, ya que le gustaba sentir que había actividad e ir así de una habitación a otra para ver qué hacían los demás.

La mayoría de sus amigos estaban fuera de la ciudad. Les echaba mucho de menos. La última vez que se vieron fue para ir al parque acuático donde pasaron todo el día, tradición que habían adquirido desde hacía años para despedirse antes de que cada uno se marchara de campamento, a su pueblo o de viaje. Clara estaba convencida de que este año la volverían a enviar al campamento de verano otra vez. No le gustaba la idea, lo consideraba para críos y ella ya iba camino de cumplir doce años. Se sentía muy mayor y esperaba que tras su próximo cumpleaños se sintiera aún más. Según ella, a medida que te haces mayor no te aburres nunca porque siempre tienes planes, cosas que hacer, te puedes mover por donde quieras… Y lo más importante, estaba convencida de que con doce años sus padres y su hermano la tomarían más en serio. Pero ahora mismo, pensar en ser un año mayor no hacía cambiar nada en ella. Era verano, hacía calor y se aburría y daba igual que tuviera once o doce años.

La verdad es que era una tarde muy monótona para Clara, que ya había intentado jugar con su gata Silvia antes de tumbarse, pero a esta no le apetecía nada que la molestasen para juegos, prefería quedarse estirada sobre el suelo junto al enorme cesto de mimbre acolchado con una manta con motivos de lunas, soles y estrellas que le había regalado Clara las navidades pasadas. Y a pesar de que la pequeña niñita

insistía para que retozase con ella en su habitación, Silvia se daba la vuelta, giraba la cabeza volviendo a mirar a su amiga y de nuevo la volvía, como diciendo «ahora no, no me molestes».

La gata de Clara es muy especial, mas su singularidad no le viene porque sea una gata de raza o linaje, sino por su prodigiosa inteligencia. Silvia es una gata que entiende todo lo que se le dice, no obstante, si se pone cabezona solo hace caso a su ama: Clara, y a veces ni a ella. Es muy independiente, lo que no quita que sea tremendamente cariñosa y busque el afecto de las personas que conoce. Difícilmente obedece a otra persona que no sea Clara; solo cumple lo que su amita le pide. Su pelaje es de color pardo plateado y en las patas su piel cambia de color haciendo parecer que lleve dos guantes y dos botas blancas. Pero lo más curioso es una mancha, también blanca, con forma de triángulo invertido sobre su frente, entre las dos orejas. Es un triángulo equilátero tan perfecto que parece mentira que sea natural; cualquiera pensaría que ha sido pintado con *spray* y la ayuda de una plantilla.

Silvia tiene un don que le hace capaz de prever el peligro. Se le eriza el pelo y bufa inquieta, alertando de la presencia de alguien no deseado o de un riesgo inminente. De hecho, una vez que Clara se subió a una escalera de madera en mal estado para llegar al maletero de su armario, Silvia, que presintió que los peldaños estaban a punto de romperse, empezó a maullar con tal potencia y energía que su padre rápidamente corrió hacia la habitación llegando en el preciso momento en el que su hija, que ya se encontraba en lo más alto de la escalera, se desequilibraba cayendo

hacia atrás al romperse uno de los escalones. Y cuando Silvia acompaña por la calle a su querida amiga, esta continuamente avisa a Clara para que no se salte los semáforos y cruce en rojo, pero es que Clara a veces puede ser tan despistada…

Así es, Silvia es una gata atípica. Sale a pasear con Clara. Nunca se escapa o se aleja de su lado. Sabe que eso la asustaría mucho y no le gusta darle disgusto a su querida amiga. Dan muchas caminatas, uno de los entretenimientos que más les gusta hacer juntas. Y a Clara no le importa dejar las ventanas de su casa abiertas porque sabe que Silvia se escabulle en mitad de la noche para recorrer los tejados del barrio ¡o de toda la ciudad! ¿Quién sabe lo que hará Silvia de madrugada?

Así que Clara se encontraba sola en su habitación sin ganas de volver a dormir, sin ganas de comer, sin ganas de jugar sola, sin ganas de ver la televisión, sin ganas de no hacer nada que no fuera entretenido. Pero a esa hora no había nada divertido que hacer en su casa y Silvia no estaba por la labor de ofrecerle ese gusto. De todas formas, aún quedaban esperanzas para ella, quizá su hermano mayor, Raúl, tuviese ganas de hacer alguna manualidad de las que él inventaba cuando jugaban juntos: que si un robot con las cajas de cartón del detergente y pinturas, que si marionetas para dedos hechas con fieltro de colores y lanas, que si plantas artificiales con medias y alambre (bueno, esto último se lo enseñó su madre a él), en fin, cualquier cosa que él pudiese elaborar con los materiales suficientes. Ella solo tenía que decirle: «Raúl, ¡vamos a hacer unos pájaros!», y él decía: «¿te-

nemos hilos, cartulinas, pegamento, celo…?» Puede pedirle cualquier cosa a su hermano que, si tiene los utensilios necesarios, crea un «plan de actuación por pasos», como él suele decir, y al final lo consigue; aunque, a veces, a su hermana le exaspera la extrema minuciosidad con la que su hermano hace todo y el tiempo que utiliza en su elaboración. Se fija hasta en lo más mínimo cuando ella prefiere hacer las cosas más apresuradamente, por lo que sus profesores se extrañan de que, en algunas ocasiones, Clara entregue unos trabajos muy cuidados y otros que rozan lo desastroso, pero claro, en los primeros, su hermano participa para ayudarla y en los otros no, y si no la ayuda en esos trabajos no es por no querer hacerlo, ya que Raúl es muy generoso y dispuesto a restar parte de su tiempo para colaborar en todo lo que pueda. No, si no la asiste en algunas ocasiones es porque Clara opta por no pedir su cooperación previendo que si lo hace le esperan una o varias largas tardes para terminar las labores de la escuela, sobre todo las de creación. Y a ella tanto trabajo le parece inútil. A Clara le gusta más bajar al parque con Silvia; se lo pasa mejor quedándose después de las clases de piano en su conservatorio con su profesor, al que le cuenta todos las chismes que suceden en el colegio, con sus amigos, lo que piensa hacer en el verano; pero si hay algo que le hace ilusión a Clara es ir a la librería El Rincón de Leer y adquirir sus libros de historias con la paga que le da su madre puntualmente todos los domingos. Aunque, en ocasiones especiales, la dueña, que conoce a Clara desde que tenía cinco años cuando sus padres la llevaban para comprar libros

de narraciones, pequeñas obras de teatro, cuentos… o para que participase en las actividades para niños que organizaba Avelina, la dueña de la librería, como los talleres de cuenta cuentos, de poesía o de dibujo, le regala a Clara el último número de la colección que atesora desde hace mucho, su favorita, la de una familia que vive en la selva africana y a la que le suceden aventuras mágicas llenas de peligros. A ella le gusta imaginar que su familia es la protagonista de estas historias y que las arriesgadas situaciones en las que se encuentran quizá un día las viva en compañía de su hermano mayor y su gata Silvia.

Pensando en que Raúl sería su salvación para esta soporífera tarde, Clara se dirigió hacia la habitación de su hermano esperando que este le ofreciese una tarde distinta a la que le estaba hastiando. Cuando entró en el cuarto de Raúl sin llamar, un defecto incapaz de corregir en ella, se encontró con que su hermano no se había dado cuenta de su llegada, ya que estaba inmerso en la lectura de un libro que le había atrapado tanto que ni siquiera cuando Clara cerró la puerta turbó el hilo de su concentración. Clara se marchó con cierto enfado dando un portazo y es que sabe que cuando Raúl está leyendo tan ávidamente no hay nada que le pueda distraer. Su hermano, sobresaltado por el portazo al escucharla rumiar palabras incoherentes, volvió a centrarse en la lectura tras un suspiro de resignación.

A Raúl le encanta leer, pero su pasión no es por las novelas o la poesía, sino por las ciencias. De hecho, su biblioteca se compone casi únicamente de libros de biología humana y animal, de botánica, quí-

mica, cosmología… Aunque también disfruta mucho con los libros de ficción, pero si incluyen ciencia ¡mucho mejor!

Raúl tiene 16 años y se considera un chico práctico. Esto no quiere decir que no sea soñador, pero, como él dice, no le gusta perder el tiempo, le gusta aprovecharlo al máximo con sus famosos «planes de actuación por pasos».

Es, para su edad, un chico muy alto. De cara cuadrada, pelo negro, lacio y corto. Usa gafas, según su hermana de tanto leer libros raros. Y a pesar de que dedica mucho tiempo al estudio, también saca algo a lo largo de la semana para hacer deporte, no como Clara, que para eso se resiste más, por lo que tiene una complexión atlética, haciéndole, junto a sus profundos y oscuros ojos negros, un chico muy atractivo.

Pero a pesar de su pragmatismo, formalidad y su alto sentido de la responsabilidad, su inquietud por los misterios de la vida le convierte en un muchacho ansioso de resolver cualquier enigma e interrogante, aunque en sus sueños de descubrir incógnitas no se imagina corriendo amenazas o aventuras. De hecho, para él la mayor incógnita del Universo sigue siendo el propio ser humano.

Así que Clara, derrotada en su intento de entretenerse esa tarde, volvió a su habitación para seguir tumbada sin hacer nada más que aguantarse hasta que sucediera algo que por fin la distrajese de su desgana. No tenía fuerzas ni para alinear un cuadro que ella misma había hecho para clase de plástica, un collage de un fondo estrellado y planetas con anillos semejantes a Saturno con una frase escrita del cantautor

Luís Alberto Spinetta, y que había escuchado en el conservatorio. Le pareció muy bonita y por eso la utilizó para el ejercicio que le habían mandado en clase. La oración decía: «Quiero hacer música para el espacio, para los planetas. Quiero cumplir una misión para el cosmos.»

Su madre, entró por la puerta en el preciso momento en el que Clara se volcaba de espaldas en su cama, y con un tono suave le recordó a su hija una cita que esperaba que llegase hace más de lo que podía hacer memoria.

—Clara, hija, ¿todavía estás así? Anda, ve preparándote que dentro de poco nos vamos.

—Pero… ¿a dónde nos vamos?

—Hija. ¿No recuerdas que hoy es el día de la función de vuestra prima?

—¡El día de la función! ¡Ostras! ¡Es verdad, no me acordaba! Es hoy, ¿verdad? ¡Es hoy! ¡Por fin algo que hacer en este día tan aburrido!

A Clara le cambió su cara de apatía a una de entusiasmo y excitación al recibir la noticia y era tal su emoción que fue corriendo al cuarto de Raúl abriendo violentamente la puerta y vociferando al mismo tiempo:

—¡Raúl! ¡Raúl! ¡Hoy actúa Victoria!

—Claro. ¿Es que te habías olvidado?

—No seas tonto. Me lo tenías que haber recordado esta mañana y así no habría estado todo el día sin hacer nada, le hubiera hecho algo a Victoria. ¡No! Le hubiésemos hecho algo los dos —protestaba Clara—, como una tarjeta de felicitación, un ramo

de flores o… ¡qué sé yo! Pero ahora ya no nos dará tiempo y la culpa es tuya.

—Bueno, bueno. Tranquilízate porque aún queda para que empiece la obra —dijo Raúl tratando de calmar a su hermana que ya se encontraba en su habitación abriendo las puertas de su armario tratando de buscar algo especial para ir a ver a Victoria.

Media hora después, Raúl, Clara, Silvia —cómo no iba a ir ella también— y los padres de estos excepcionales hermanos se disponían a coger el coche que los llevaría al centro de la ciudad para ver actuar a Victoria.